

# EL ESCANDALO DE LA I. T. T.

por un enemigo y que quieren recuperarlo. Pero, en otro sentido, la reunión de Bruselas ha tenido una importancia excepcional: era la primera vez que la Comunidad tomaba un acuerdo de política internacional solidariamente, incluso por encima de las políticas nacionales de algunos de sus miembros y en contra de la voluntad de los Estados Unidos, no sólo de la voluntad, sino de la acción militar y política. Rápidamente se dijo —los mismos que hablaban de Munich— que esta discordancia entre Europa y Estados Unidos «estaba haciendo el juego de la URSS». Posiblemente. Lo que Europa ha demostrado es que no quería sacrificar sus intereses personales y su entidad política por hacer el juego a los Estados Unidos. En este caso, estaba haciendo su juego propio. Algunos de los países, sin embargo, ha querido recalcar que esta decisión no empañaba su lealtad a la Alianza Atlántica: el Canciller Brandt, de la RFA, escribió rápidamente a Nixon asegurándole su lealtad, y el viernes, 9, a los cuatro días de la reunión de Bruselas, declaraba públicamente que la neutralidad con respecto al conflicto era meramente oficial, pero no personal: se sentía al lado de los israelíes. La posición de Brandt es tan ambigua como su propia existencia política, y como lo requiere la incoherencia de la política del mundo en su fase actual. Pensemos que Brandt es oficialmente socialista y Golda Meir también (aunque cualquier suposición de que exista el socialismo en los países que gobiernan será puramente demencial), que se llaman mutuamente «camaradas» cuando se encuentran y que el domingo, 4 de noviembre, estuvieron juntos en Londres en una conferencia de jefes de partidos socialistas europeos y Brandt dijo a su camarada que la neutralidad de su país no estaba presente «ni en su mente ni en su corazón» (es curioso que este socialismo internacional no haya representado una solidaridad de Brandt o de Golda Meir con su compañero Allende); pensemos que Brandt quiere confundir la deuda de Alemania para con los judíos asesinados por los nazis, como claramente explicó el viernes pasado, y pensemos, sobre todo, que Alemania Federal no puede prescindir de sus relaciones especiales con los Estados Unidos, que quiere que las tropas americanas se mantengan en su territorio y que pretende que Francia no sea la nación hegemónica en Europa.

**Y**, sin embargo, acepta la política de Bruselas y la convocatoria de Copenhague. No quiere alejarse de la nueva «entente» de Francia y de Inglaterra, estrechamente seguida por Roma. Todo ello, a su vez, provoca alguna inquietud en otros países de la Comunidad. Empieza a pensarse que hay entre los Nueve cinco pequeños y cuatro grandes, que puede haber solución entre los grandes a costa de los pequeños. Todo ello da más interés a la reunión de diciembre en Copenhague. Pero no empaña el hecho más importante, que es el de la unanimidad en la reunión de Bruselas. Ocurre que después cada país —o cada gobernante— tiene que disculparse ante sus electores y ante su oposición, ante sus aliados extranjeros, y busca doctrinas, dificultades, reservas o reticencias. Pero a la hora de votar, votaron unánimemente.

**S**UCEDE también que los estados europeos han dejado de considerar un interlocutor válido al Presidente Nixon y a su representante Kissinger. No sólo porque su actitud de movilización atómica ha estado relacionada con sus problemas personales, no sólo porque pueda caer de un momento a otro —de un mes a otro—, sino porque el Congreso de los Estados Unidos comienza a no aceptar sus decisiones. El 11 de octubre, el Senado legisló que los poderes del Presidente para comprometer a su país en una guerra fuesen limitados; el 24 de octubre, el Presidente Nixon oponía su veto a esta ley, y ahora el veto ha sido rechazado por el Congreso o reunión de las dos Cámaras. Los vetos anteriores de Nixon —nueve en este año— habían sido aceptados; para rechazarlos hace falta una mayoría de dos tercios y nunca había sido conseguida en contra del Presidente. Hay que recordar que dos tercios del Congreso es lo suficiente como para aceptar el «impeachment», que apartaría a Nixon de la Presidencia y le entregaría a la Justicia.

**H**AY que considerar la tensión entre Europa y los Estados Unidos solamente como una consecuencia de la debilidad actual de Nixon? Puede pensarse que no, que es una afirmación de los continentales en sí mismos y en su política común, un paso hacia la búsqueda unidad. Pero es indudable que si a Nixon le sustituye otro Presidente y, sobre todo, si es la corrupción del sistema —o introducida en el sistema, falseándolo—, pueden reanudarse con fuerza las relaciones heladas; pero también que pueden tener otro valor y otro peso las relaciones entre los dos bloques, las negociaciones entre el Pacto de Varsovia y la OTAN, la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa, las de desarme. Factores que, a la larga, han de ser mucho más importantes que una Europa de Nueve, o de alguno más o menos, y que una Alianza Atlántica.

*ITT son las siglas de International Telegraph & Telephone, pero hace mucho tiempo que sus actividades desbordan muy ampliamente el ramo —vital— de las comunicaciones: el material telegráfico no representa hoy más que, aproximadamente, un 20 por 100 de sus negocios. Un grupo financiero fue alcanzado por la ley antitrust de los Estados Unidos; se escindió, y de la escisión nació la ITT, encargada de trabajar en el exterior de los Estados Unidos, mientras su hermana separada, la ATT (American Telegraph & Telephone), lo haría dentro del país. Tenía, por lo tanto, una vocación imperial. De hecho fue la obra de un personaje multinacional, Sosthenes Behn: hijo de danés y de francesa, nacido en las Islas Virgenes, donde su padre era cónsul, educado en Córcega y en París; cuando los Estados Unidos compraron las Islas Virgenes, compraron también sus habitantes, y Behn pasó a ser ciudadano de los Estados Unidos. Habían adquirido quizá algo más importante que un territorio: un individuo que iba a ser fundamental en la política de expansión. Behn, creador de la ITT, encontró en su trabajo en el extranjero el obstáculo del nacionalismo y la insistencia de los gobiernos en controlar sus propias comunicaciones. "Behn tejó gradualmente una tela de araña de corrupción y compromiso que dejó en ruinas el idealismo y marcó profundas huellas en el carácter de su empresa", escribe ahora Anthony Sampson (1). Es curioso que su primera gran expansión fuese en España, en 1923, con la fundación de la Compañía Telefónica Nacional de España (después rescatada): "España se convirtió en la joya del imperio de la ITT", dice Sampson. Fue un punto de partida. En 1933 se encuentra a Sosthenes Behn en Alemania, negociando con Hitler. Su entroncamiento con los nazis fue importante, incluso con gente de la Gestapo: Kurt von Schroeder fue dirigente de la ITT en Alemania y General de las SS. La empresa contribuyó a la creación de armamentos y sistemas de defensa nacional que serían empleadas poco después contra los Estados Unidos. Pero cuando la guerra terminó, Behn tenía ya muy buenas relaciones con los gobiernos aliados —y, naturalmente, con el de su propio país—; la ITT se implantó solidamente en todos los países. Behn se había convertido de colaborador de Hitler y de Himmler a héroe aliado: en 1967, la ITT recibió del gobierno americano 27 millones de dólares en compensación por los daños causados*

a sus fábricas en Alemania. Tres millones de dólares reparaban la destrucción de las fábricas de los bombarderos Focke-Wulf, que habían contribuido a destrozarse las ciudades europeas aliadas de los Estados Unidos.

Cuando Behn se retiró, el poder pasó a Harold Sidney Geneen; nacido en Inglaterra, hijo de un director de orquesta ruso, botones en la Bolsa de Nueva York, es el emperador de la ITT; el imperio que fundó Behn lo ha consolidado, aumentado, multiplicado Geneen. Dirige 400.000 empleados en todo el mundo; su empresa es la novena de los Estados Unidos y su cifra de negocios se calcula en 6.000 millones de dólares anuales.

Los escándalos de la ITT se han vuelto ahora a renovar con dos temas de actualidad: Chile y Watergate. Si la Gestapo fue el campo de acción de Behn, el de Geneen ha sido la CIA: actuó sobre la CIA para cambiar el gobierno de Chile, y actuó sobre el Departamento de Estado (directamente sobre Kissinger cuando no era secretario, sino consejero de la Casa Blanca), y aparecen ahora las realizaciones económicas de la ITT con el grupo Nixon en torno a la Convención Republicana y a las elecciones en que Nixon y Agnew fueron reelegidos. Sampson describe estos hechos con minuciosidad. La presión "inexorable" de la ITT se ejercía en dos sentidos sobre la administración republicana: en el de la intervención en Chile, donde sus empresas habían sido o estaban siendo nacionalizadas y donde la materia prima —el cobre— era esencial para sus fábricas y sus beneficios, y en la ley antitrust. Había una "notable coincidencia de los esfuerzos más intensos encaminados a modificar las decisiones anti-trusts con la oferta de fondos para la Convención de San Diego". Neal, de la ITT, habló a la Casa Blanca de una oferta de un millón de dólares.

Parte de estos acontecimientos están sin aclarar aún. Todo el escándalo de Watergate, los investigadores de espías, los registros magnetofónicos y documentales inservibles o desaparecidos, están en relación con las presiones del gran capital —del cual la ITT es sólo una parte, aunque su cerebro sea probablemente el director— sobre una política nacional e internacional: todas las investigaciones que se están realizando y lo que se publica en la prensa es un intento de depuración de este sistema. Nixon no es más que una pieza, Agnew no fue más que otra, menor. Puede ocurrir que Nixon sea obligado a desaparecer de escena sin que el sistema cambie; puede ocurrir que la depuración llegue mucho más allá. En este caso, los Estados Unidos habrán realizado una auténtica revolución.

(1) Anthony Sampson, «El Estado soberano de la ITT», Dopesa, Barcelona. La mayor parte de los datos aquí expuestos están tomados de este libro, y no son más que un brevísimo compendio de su interesante lectura.